# Filosofía, Arte y Letras

**Introducción**

# "Guirnalda Salvadoreña", de Román Mayorga Rivas

**Por Enrique Mayorga Rivas**

—I—

Cierta tarde del mes de febrero de 1977, cuando el clima físico y emocional que vivíamos en San Salvador presentaba una alta temperatura, propia de las circunstancias históricas que estábamos viviendo, y mientras permanecía en mi oficina atendiendo asuntos rutinarios relacionados con el ejercicio de mi profesión de Abogado y Notario, recibí una llamada telefónica del Director de Publicaciones del Ministerio de Educación, durante la cual me expuso su deseo de que fuese yo quien redactase la indispensable nota introductoria a la nueva edición de "GUIRNALDA SALVADOREÑA", escrita por mi abuelo, don Román Mayorga Rivas, publicada por vez primera en el trienio 1884-1886.

Confieso que acepté complacido la petición que se me hacía, por considerar que la reproducción facsimilar de los tres tomos de "GUIRNALDA SALVADOREÑA", constituye un verdadero acierto de la Dirección de Publicaciones, ya que con la reedición de tal obra se rescata por y para el mundo de la cultura un documento indiscutiblemente valioso de las bellas letras y particularmente, de la poesía salvadoreña del siglo decimonono.

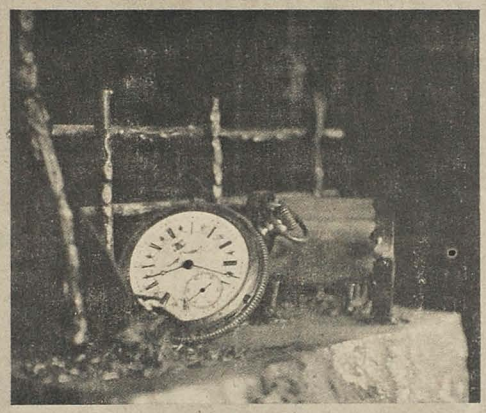
En efecto, "GUIRNALDA SALVADOREÑA", que Román Mayorga Rivas escribió a los 17 años de edad, representa, junto con la "GALERIA CENTROAMERICANA", de Ramón Uriarte, la más importante fuente de información sobre la poesía del siglo XIX, ya que ella contiene amplias notas biográficas, interesantes juicios críticos y abundante material poético de los autores de aquella época, cuya producción, de otra forma, se hubiera perdido para siempre con la fugaz vida de los papeles periódicos.

En tal sentido es de apreciar la opinión del notable escritor y excelente crítico literario, Luis Gallegos Valdés, cuando afirma que "no se ha hecho aún un estudio completo de la poesía en El Salvador desde el año 1884, cuando Mayorga Rivas comenzó a publicar su GUIRNALDA SALVADOREÑA" (Panorama de la Literatura Salvadoreña, Ministerio de Educación, Dirección General de Publicaciones, segunda edición, San Salvador, 1962).

Pero aparte de los méritos o de las imperfecciones que pueda contener la Guirnalda, ya que como el mismo autor advirtió a sus lectores, "conocida es la imperfección que acompaña siempre a las obras humanas y que en todas ellas se encuentra por lo regular mucho de malo, un poco de mediano y poquísimo de bueno", considero que dentro de la serena visión que ofrece la perspectiva del tiempo, a casi cien años de haberse publicado la primera edición, dos son las reflexiones que merecen ser destacadas en este año de gracia de 1977:

1ª) La juventud —diecisiete años apenas— de Román Mayorga Rivas cuando se dio a la ingente tarea de publicar la Guirnalda, para lo cual tuvo que buscar datos a fin de escribir las noticias biográficas que preceden las composiciones de cada autor, sobre todo en un medio como el nuestro "donde poco, o casi nada, hay escrito para dar a conocer las muchas personas notables que en varios ramos del saber humano han descollado y donde, por completo, se carece de una fuente que pueda suministrar los apuntes necesarios" ¡Sólo el entusiasmo y el coraje de un ardiente corazón juvenil, así como su auténtica vocación literaria y sus nobles ideales, pudieron darle alientos para ello!

2ª) Lo que a casi un siglo de distancia fue capaz de hacer por la comunidad cultural centroamericana, un joven originario de Nicaragua, en cuyo cerebro anidaban preclaras ideas y mucho amor en su alma, es tanto más importante y grande que lo que se pretende en la actualidad, malogradamente con tantas actitudes y altisonantes discursos en los que campea el más trasnochado, egoísta y periclitado nacionalismo. En síntesis, las parcelas del Centro de América, que constituyen una sola nacionalidad, solamente superarán su pequeñez y saldrán del subdesarrollo cultural, social y económico, para ser tomadas en serio dentro del ámbito internacional —cada día más estrecho e interrelacionado— cuando las personas que rigen sus destinos en lo cultural, artístico, profesional, político, económico, etc., estén poseídas de ideales visionarios, generosos y en consonancia con las corrientes de amor y de justicia que deben prevalecer entre los hombres y las naciones.




**"GUIRNALDA SALVADOREÑA", de Román Mayorga Rivas. Primera edición: Tomo I, 1884; Tomo II, 1885; Tomo III, 1886. Imprenta del Dr. F. Sagrini, San Salvador. Segunda edición facsímil en tres tomos, Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, San Salvador, El Salvador, 1977.**

**Pizarrón**

## Una Casa en Amberes: la de Rubens

**Por Arturo Uslar Pietri**

PARIS. Apenas pasado el zaguán de la casa de Rubens, en Amberes, se cae en pleno teatro. Entre el patio y el jardín se alza un enorme pórtico de tres luces, coronado de estatuas antiguas. Es un gran decorado de piedra gris y blanca que se integra al espacio esfuminado del cielo de Flandes. Al fondo del camino, que sigue la puerta central, al término del jardín se alza una menuda fachada de líneas renacentistas, como un fantasma de Florencia.

Cuando Rubens regresa a su tierra, después de los años de Italia, construye en Amberes esta casa donde va a vivir los veinticinco años finales de su vida. A un lado está la vivienda, una confortable casa de burgués de los Países Bajos, con sus lozas de Delft, sus muebles de madera oscura, y sus ventanas de vidrios emplomados. Al otro, el vasto taller en el que cabían las vastas telas con batallas completas y un balcón para contemplar las obras con la altura, la distancia y la luz mejores y, en medio del espacio abierto, el gran teatro del pórtico.

Es desde aquí de donde mejor se comprende a Rubens y su sentido teatral de la grandiosidad, de la vida y el espacio. Había traído su visión de la desmesura antigua para plantarla como una semilla en el jardín de su casa.

Este año se va a hablar de Rubens y todo Amberes está lleno de él. Se cumplen cuatro siglos de su nacimiento. Más allá del inmenso y encarbonado puerto y de los modernos edificios de acero y cristal se advierte un resplandor tenue de la luz dorada de su pintura. Tal vez el hecho de haber nacido en aquella tierra de encrucijada entre razas, religiones y potencias le dio un sentido dramático de la historia. De otro modo cuestra trabajo entender cómo de aquella quieta y estática contemplación de los primitivos flamencos pudo salir semejante cadena de explosiones de color y de formas. Cómo de aquellos interiores sosegados y de aquellas figuras quietas de Metsys y de Memling se pudo desembocar en el torbellino de este hombre atormentado. Cómo de las Evas frías y hieráticas de los viejos maestros y de sus pequeñas tablas pudo salir aquella descomunal proliferación de inmensas telas llenas del más incontenible torbellino de figuras. Aquellas opulentas mujeres en torsión y salto, aquellas cataratas de oro de las cabelleras, aquellos tropeles de caballos, ángeles, figuras mitológicas y santos.

Todo ese tumulto tenía como centro aquel escenario de teatro romano del patio. Los Hércules y los reyes, las Dianas y las Venus con las reinas y las princesas, la tierra, el agua y el aire poblados de figuras. Todo estaba en tensión, en movimiento y en desnudez.

Debajo de los gruesos brocados que visten a las ilustres damas uno adivina, sin esfuerzo, las exuberantes carnosidades de sus desnudos. Cuando María de Médicis desembarca en Marsella, para casarse con el rey de Francia, Rubens la coloca en medio de un tumulto de deidades paganas que flotan en el aire y de náyades gordas que chapotean en la ribera, cubriendo y opacando la presencia de los cortesanos.

Todo esto estaba combinado con el negocio y la política. El refinado hombre, de fina fisonomía, que gustaba de hacerse autorretratos, sabía administrar, tan bien como un mercader del puerto, su actividad de artista. Su taller era una factoría donde trabajaban en equipo numerosos ayudantes para poder entregar a tiempo y a buen precio todos aquellos pedidos de iglesia y de señores. A sus dos esposas las pinta llenas de sedas y de joyas. Pero también con la misma mano hábil con que pintaba entró en el mundo de la política. Fue mensajero y confidente de reyes y favoritos. Mientras retrataba a sus poderosos modelos hilaba su fina intriga diplomática. Era el tiempo de las exacerbadas rivalidades y guerras entre el Norte y el Sur de los Países Bajos y entre Inglaterra, España y Francia. Mientras pintaba mitológicamente el triunfo de la paz negociaba con Olivares o con Buckingham.

Uno se lo imagina urdiendo combinaciones de intriga diplomática mientras dibujaba el boceto de una inmensa tela llena de luminosos y contorsionados personajes.

Su representación constante del movimiento y del esfuerzo era como una conciencia de lo momentáneo y lo fugaz. Sólo que su visión del torbellino y de la pugna entre los hombres no era triste y melancólica sino vehemente y entusiasta. Nadie ha expresado lo viviente con más pasión. Lejos está de la fúnebre pompa de su contemporáneo Quevedo.

Ahora la casa, el taller y el pórtico neo-clásico están vacíos y convertidos a la fría condición de museos. Pasamos los turistas en tropa transitoria y apresurada. Ya no hay quién vea los dioses, las bestias y los héroes que llenaban con su silencioso tumulto este recinto que ahora parece tan sin vida.

Se para uno frente al mudo pórtico como frente a un escenario. Pero pronto se da cuenta de que la representación ya terminó y no va a ser recomenzada.

## Una Vez Junto al Agua

**Por Magdiel Ricardo Alas**

Tu piel desnuda
quebró la piel desnuda de las aguas.

¿Fue beso o fue caricia
el roce mío con la piel de tu alma?

¿Qué pétalos de cielo
cayeron hasta el fondo del estanque?

¡Qué perlas diminutas
rodaron de tus manos a tu cara?

¿Qué sed junto a tu lengua
se salía a besar corolas de agua?.

Poeta corazón, ¿dónde está ella
con su cuerpo de luna y agua clara?

Mayo de 1977